



Dos días en el Lenguas

6.30, suena la alarma. "Viernes 20 de mayo" anuncia mi celular. Batería al 100%, por la ventana no entra la luz. Es otoño, pero parece invierno. Remera térmica, polera y suéter, espero que hayan prendido las estufas en el Lenguas.

- Que tengas buen día, Tomi - dice mi papá mientras sale por la puerta. No tengo tiempo para desayunar, me llevo mi vaso térmico lleno de café negro, con unas galletitas.

6.57 sale el tren, ramal Mitre. Silencio absoluto, todos enfrascados en sus celulares, auriculares cubriendo las orejas de cada uno. Las luces blancas del tren son mi perfecta compañera mientras leo "The reluctant fundamentalist" capítulos 4 y 5, espero que no me pregunten el significado de ninguna palabra, hoy no es mi día. Llego a Retiro, cuerpos moviéndose al unísono. No te quedes atrás, no frenes, te van a llevar puesto. \$12.25 mi pasaje, guardá el celular, caminá rapidito, recién son las 7.28 y el sol no te protege de los peligros.

7.30 tocan a mi puerta, entra mi perrita, se acurruca en el espacio que dejo. Deseo dormir un ratito más, el calor de la estufa en pleno mayo tiene un efecto plasticola en la cama. La luz dorada de pleno otoño te invita a levantar la persiana y



apreciar la calma de las calles, solo algunos autos de los trabajadores esenciales rugen atrás de mi ventana. Menos mal que no tengo que salir de casa, con este frío no sabría qué ponerme.

- Desayuno en la cama para la estudiante de la familia, jarriba Lu!
- mamá sabe que los viernes empiezo a cursar a las 8, e insiste en que coma algo antes “así se activan tus neuronas”. Todos están orgullosos de que siga estudiando en estas condiciones.

Ya pasaron casi dos meses de cursada y todavía me cuesta la subida por Pellegrini. Y solo pensar en las escaleras hace que me saque el bufandón y los guantes. Saludo al señor de la entrada, no debe saber quién soy. “Tomás, decí hola y gracias siempre, uno nunca sabe lo que le pasa al otro” diría mi abuelita. Aula 23, faltan 5 minutos para que empiece la clase. Saludo a Chomsky, la gata, y busco mi banco favorito detrás de todo. Me gusta poder mirar a cada uno de mis compañeros cuando habla, creo que es un hábito que gané después de solo verles la inmóvil foto de perfil durante dos años. Estando adelante me haría girar la cabeza, lo que supondría un esfuerzo extra que no estoy listo para tomar. Tomo mi café, como mis galletitas, elijo mi lapicera favorita y abro mi cuaderno. Todavía no prendieron las estufas, otra clase más con el incesante ruido de las camperas



impermeables rozando. Llegan mis compañeros, el ambiente está cargado de pesadez, es muy temprano para socializar. Las ventanas están trabadas, nos alejan aún más de la luz natural que tímidamente se hace presente.

- Good Morning everyone! - entra la profesora, animada como de costumbre y la lección empieza. Nos reímos, tomo nota, asigna una entrega para dentro de dos semanas. Me estreso, no tengo tiempo, me la paso viajando de un lado al otro de la capital.

Prendo la computadora, abro zoom y espero ya que “el anfitrión te dejará ingresar pronto”. Aprovecho para ponerme un bucito arriba del pijama, de última si me tengo que parar apago la cámara para que no se me vea el resto de la vestimenta. Todavía me estoy acostumbrando a la vida del terciario, y a su vez a la vida encerrada. Después de rendir el examen de ingreso estaba emocionada por tomarme el tren todos los días y hacer nuevos amigos. Ellos podrían haber sido aquellos que ahora se conectan uno por uno. Todos desayunando, al menos aquellos que les ves la cara porque prendieron la cámara. El profesor inicia la clase, nos comparte la pantalla, muestra videos. Tipeo mis notas, más fácil para después poder copiar y pegar en los resúmenes. Ruidos de interferencia, familias gritando, otras trabajando. Veo la clase



con retraso, mamá debe de haber entrado a una de sus reuniones. Apago la cámara, ya me cansé de pretender que estoy escuchando. Me levanto, me hago un té, abrazo a mi perra. Menos mal que la clase queda grabada. Armo mi cama, ordeno mi cuarto; me relaja. No puedo vivir en un espacio desordenado.

9.50, termina mi clase. Tengo 40 minutos hasta la siguiente. Necesito otro café, la cantina sigue cerrada. Muchos dicen que era el lugar perfecto para hacerse amigos, debe ser por eso que todavía sigo estudiando solo para los parciales. Salgo al pasillo, los idiomas se mezclan y se genera una música polilingüe que ya me resulta familiar. Me gusta jugar este juego, algunos días bajo por las escaleras de madera y observo la historia escrita en las paredes, bustos y puertas arqueadas; otro por las escaleras de caracol y me lleno de información acerca de los proyectos estudiantiles. Siempre tengo la intención de ir a cooperadora a buscar mi libreta del profesorado de inglés; pero ya fui dos veces y todavía no estaban. No quiero volver a perder mi tiempo. Decido que me merezco un café rico, Havanna me espera. Mi billetera llora, \$450 el capuccino, espero que esté a la altura de mis expectativas.

10.30 inmediatamente después de la primera clase tengo otra. Mamá me acerca unos pancakes de avena que hizo con una



receta que vio en Instagram. Es como mi tercer desayuno, si seguimos experimentando en la cocina me voy a tener que comprar toda ropa nueva. Me conecto, espero 10 minutos, no hay noticias. Apunto mi cámara para que se vea solamente la pared blanca detrás de mí, no quiero que vean mi pared llena de posters de bandas pop. El redondel de la pantalla sigue girando y me dice que siga esperando. Miro el grupo de WhatsApp, +5491145... dice que le mandó mail al profe para ver por qué no se conecta. +5491135... manda captura de pantalla de un mail que anuncia que la clase está cancelada. Un peso se levanta de mi pecho, mientras abandono mi escritorio y me acuesto en mi cama de nuevo. Me voy a dormir la primera siesta del día, tiempo me sobra, después puedo seguir estudiando.

Me tomo la libertad de ir por el ascensor, es lo único bueno que tiene el edificio nuevo. Ya son las 10.40, no hay señales de la profe. Mi capuccino se enfrió, me tomo lo que queda. Una compañera corre a bedelía, solo para contarnos 5 minutos más tarde que la profe avisó que no iba a poder venir. Genial, estoy muerto de frío, cansado y \$450 pesos más pobre. Me fijo en la app, el próximo tren a J. L. Suarez sale en 15 minutos, llego perfecto. Me aventuro al frío mediodía de mayo, camino las mismas 5 cuadras de todos los días. Paso por la pizzería que siempre me tienta a pedirme una grande de muzza y sigo de



largo. Lo único bueno que me pasó en el día, el tren ya está en la plataforma 4. Me siento, me pongo los auriculares. Sé que los viernes al mediodía viene uno que te pide una palabra para hacer freestyle, no tengo ganas de pensar.

Mamá me despierta para el almuerzo. Bondiola desmechada con barbacoa, otra receta. Comemos juntas, miramos la tele, ya no hay nada más de qué conversar. "Hoy a las 18 hs hablará el presidente". Ya ni nos ilusionamos, hace 6 "quince días" que se alarga la cuarentena. Hoy me toca lavar los platos a mí, qué tortura. Dos platos, dos vasos, olla, cubiertos. Me enfrento a la monótona tarea sabiendo que no es la última vez que lo haré. Dejo que mi mente deambule sin sentido entre las cosas que me harían más feliz en este momento.

12.02 me bajo del tren, compro comida por peso. Debería empezar a armarme tupperes en casa, no voy a llegar a fin de mes si sigo gastando tanta plata. Me siento en la sala de profesores. Mati corrige mock exams, Ceci recorta fotocopias. Pienso una canción nueva para hablar del clima, los nenes de 2° ya se cansaron de cantar siempre la misma. Está calentito acá adentro, al fin me puedo sacar la campera. Charlamos, nos reímos. Por primera vez en el día me permito despejar mi cabeza, hablar con



mis amigos y organizar el finde. Tengo una hora todavía antes de empezar mi clase, gracias a que la profe canceló la mía.

14.00 envió el link al grupo de papis. Se conectan uno por uno, pido que por favor prendan la cámara y apaguen el micrófono. Me saca de quicio cuando escucho a los padres en sus propias reuniones hablando de fondo, o respondiendo las preguntas que yo les hago a los nenes. Les comparto el video de la canción de bienvenida. Quejas: “no se escucha” “se traba”. Decido apagarlo y empezar a trabajar con el libro. Veo las caritas de desilusión, ya nada los divierte. 22 preguntas por el chat, nadie entiende la consigna. Los minutos se ralentizan, cada palabra sale de mi boca como nadando en un mar de miel. Y cada duda golpea mi cabeza como un portazo producido por el viento. No es culpa de los chicos, en qué realidad paralela estaremos viviendo donde es normal compartir el aula con sus padres y hermanos. Por fin llegan las 15.00 - Bye, bye! - cierro zoom.

Abro mis libros de la facultad, y me pongo a analizar sintácticamente construcciones pasivas. No me sale, lo debe haber explicado cuando el plomero tocó la puerta para arreglar el caño de la cocina y nos tuvimos que encerrar en una habitación alejada de él. Vuelvo al video de la clase 9 donde lo



explica, le pregunto a mis compañeros, finalmente las resuelvo. Otra tarea más para tachar de mi lista de quehaceres.

15.15 volvemos del recreo. Juntamos los juguetes, hacemos ejercicios de relajación, todavía les cuesta asimilar que pudieron volver a salir al patio y compartir con sus compañeros de otros grados. Cada recreo es una nueva aventura y no solo para ellos. Yo me encuentro igual de encantado que ellos al poder jugar Cigarrillo 43 todos juntos. Mía me hace un dibujito, Facu me pregunta si me puede dar un abrazo. Continuamos con las actividades del libro, y no escucho ningún pero. 3 grupos de 6, todos felices, ¡hoy es viernes! El traqueteo de los lápices, gomas, hojas de libro y tizas en el pizarrón me llena el alma. El aula se baña en la luz de la tarde, abrimos las cortinas y dejamos que la brisa otoñal nos inunde. Me piden jugar al ahorcado, ¿y por qué no? Saben esperar su turno, levantan la mano y cuando Ana adivina la palabra todos festejamos al compás del cántico “Olé olé olé olé, ¡Ana! ¡Ana!”

Ya terminé con todo lo que tenía que hacer hoy. Decido que me voy a pintar las uñas otra vez, mientras online miramos el último capítulo de la sexta temporada de la serie que empezamos con mi mejor amiga la semana pasada. La llamo, discutimos el final. No sé si es porque estábamos las dos muy interesadas en lo que



pasó o porque en realidad nos sentimos solas y necesitamos hablar con alguien, pero estamos hora y media hablando sin parar, más que nada de lo mal que la estamos pasando. La soledad se siente aún más cuando uno no tiene nada que hacer. Pero nosotras no tenemos la solución, los casos siguen subiendo al igual que nuestra estadía en este hotel de lujo.

Son las 20:00 empieza el entrenamiento por zoom. Mis vecinos ya están avisados que durante una hora me van a escuchar rebotar en su techo. Nuevamente mi entrenador nos pone una rutina por video que tenemos que seguir, inútil hacerlo sincrónicamente, pero significa socializar con alguien más aunque sea por un ratito. El aplauso para los doctores y enfermeros anuncia que la hora de tortura terminó. Me baño, ceno en silencio y me acuesto en la cama a las 22.30. Mañana es sábado, voy a ver si puedo salir a hacer las compras. Por ahí mis amigas que viven cerca me quieren acompañar.

Terminan las clases con los dos cursos que tenía ese día. Mientras guardo en mi mochila los millones de papeles para corregir, mi compañero me cuenta que están organizando un after office. Y aunque esté agotado y tenga que ir a entrenar a las 22:00, me sumo. Mañana es sábado, puedo dormir hasta las 9:00. Aprovecho cada momento que puedo compartir con otras



personas, nunca más voy a dar por hecho la compañía del otro. Nos sentamos, pedimos birritas y nos quejamos de lo buena que es nuestra vida.

Cátedra: *Lectura, escritura y oralidad* del Profesorado de inglés, turno mañana (cursada del 1.er cuatrimestre de 2022).

Autora: Juliana Taccagni.